

armonía dórica que fundamenta el papel parresiástico de Sócrates, y que, al mismo tiempo, constituye el criterio visible de su función como *básanos* o piedra de toque. Del lado del interlocutor, la relación *bíos-logos* se revela cuando el interlocutor da cuenta de su vida, y su armonía es puesta a prueba en contacto con Sócrates. Mientras él posea en esta relación con la verdad todas las cualidades que necesitan ser reveladas en el interlocutor, Sócrates puede probar la relación con la verdad de la existencia del interlocutor. El objetivo de la actividad parresiástica de Sócrates, entonces, es conducir al interlocutor a elegir la clase de vida (*bíos*) que estará en una concordancia de armonía dórica con el *logos*, la virtud, la valentía y la verdad.

En el *Ion* de Eurípides vimos la problematización de la parresía en la forma de un juego entre *logos*, verdad y *genos* (nacimiento) en las relaciones entre los dioses y los mortales; el papel parresiástico de Ion se funda en una genealogía mítica descendiente de Atenas. En el reino de las instituciones políticas la problematización de la parresía involucra un juego entre *logos*, verdad y *nomos* (ley), y el parresiasta está obligado a revelar esas verdades que asegurarán la salvación o el bienestar de la ciudad. Aquí la parresía es la cualidad personal de un orador con coraje y del líder político o de un consejero del rey. Y ahora con Sócrates la problematización de la parresía toma la forma de un juego entre *logos*, verdad y *bíos* (vida) en el reino de una relación personal de enseñanza entre dos seres humanos. Y la verdad que el discurso parresiástico revela es la verdad de la vida de alguien, i.e., la clase de relación que alguien tiene con la verdad: cómo se constituye a sí mismo como alguien que tiene que saber la verdad mediante *máthesis*, y cómo esta relación con la verdad se manifiesta ontológicamente y éticamente en su propia vida. La parresía, a su vez, se vuelve una característica ontológica del *básanos*, cuya armónica relación con la verdad puede funcionar como piedra de toque. El objetivo del interrogatorio que Sócrates conduce en su papel de piedra de toque, entonces, es probar la relación específica con la verdad de la existencia del otro.

En el *Ion* de Eurípides la parresía se oponía al silencio de

Apolo: en la esfera política, la parresía se opone a la voluntad del *demos*, o a aquellos que adulan los deseos de la mayoría o del monarca. En esta tercera clase, el juego filosófico socrático, la parresía se opone a la autoignorancia y a las falsas enseñanzas de los sofistas.

El papel de Sócrates como *básanos* aparece muy claramente en el *Laques*, pero en otros textos platónicos —la *Apología*, por ejemplo— este papel está presentado como una misión asignada a Sócrates por la oracular deidad de Delfos⁷⁷, a saber, Apolo —el mismo dios que guardaba silencio en *Ion*—. Y tal como el oráculo de Apolo estaba abierto a todo aquel que quisiera consultarlo, así, Sócrates se ofrecía a sí mismo para interrogar a cualquiera⁷⁸. El oráculo de Delfos era además tan enigmático y oscuro que uno no podía entenderlo sin saber qué clase de pregunta se estaba planteando, y qué clase de significado podía llegar a tener el pronunciamiento oracular en la vida de uno. De manera similar, el discurso de Sócrates requiere que uno supere su ignorancia acerca de su propia situación. Pero es claro que hay diferencias mayores. Por ejemplo, el oráculo predice lo que te pasará, mientras la parresía socrática tiene la intención de revelar quién es usted —no su relación con acontecimientos futuros, sino su presente relación con la verdad—.

No intento implicar que haya alguna progresión cronológica estricta entre las varias formas de parresía de las que hemos dado cuenta. Eurípides murió en el 407 a.C. y Sócrates fue condenado a muerte en el 399 a.C. En la cultura antigua la continuidad de las ideas y temas es incluso más pronunciada. Y estamos también bastante limitados en la cantidad de documentos disponibles de ese período. Es así que no hay una cronología precisa. Las formas de la parresía que vemos en Eurípides no generaron una tradición muy larga. Y al mismo tiempo que las monarquías helenísticas crecieron y se desarrollaron, la parresía política crecientemente asumió la forma de una relación personal entre el monarca y sus consejeros, y por ese motivo se hicieron más cercanas a la forma socrática.

Un énfasis creciente fue puesto en el arte real de gobernar y